

Retos del desarrollo amazónico en Puerto Nariño. Conclusiones y recomendaciones



Foto 8. Perspectiva vespertina del casco urbano desde el Loretoyacu. Foto Allan Wood. 2004

A través de este texto se ha visto que en el municipio de Puerto Nariño se presenta una combinación entre tradición modificada, modernidad incompleta, articulación al mercado fragmentada, economía extractiva y producción básicamente de autosubsistencia. Son los rasgos particulares de su propio devenir, o en términos más convencionales, de su proceso de transición, o de resistencia a la transición, entre lo tradicional y lo moderno. La posible ambigüedad de esta situación permite pensar que en municipios como Puerto Nariño aún hay alternativas a la simple destrucción cultural y natural. Puerto Nariño no es una unidad homogénea; su población de várzea vive diferente de su población de altura, al igual que los habitantes de la ribera del Amazonas a los del Loretoyacu y todos estos a

su vez tienen oportunidades y comportamientos diferentes al 36% que vive en el casco urbano. Todos tienen experiencias diferentes, aunque también una experiencia colectiva, que pueden ser traducidas en términos de opciones y potencialidades.

Decir que en Puerto Nariño se puede lograr un desarrollo sustentable es fácil. Argumentarlo es más difícil. Se ocurren las clásicas frases de conservar y saber manejar para las generaciones futuras, mejorar la organización social y fortalecer la identidad y la cultura propia, y esas son algunas de las recomendaciones que se pueden hacer a la ligera. Pero emitir recomendaciones para “Puerto”, como se le llama cariñosamente en la ribera del Amazonas, exige revisar los estragos que a nombre del desarrollo se han hecho en la Amazonia y ver si eso es lo que se quiere en este caso. ¿No será mejor aprovechar el momento y su actual configuración de municipio en transición y pensar que en Puerto Nariño se pueden diseñar y poner en práctica, como lo dice Arturo Escobar (1996), alternativas al desarrollo? Para presentar alguna idea en este sentido es necesario repasar los impactos que las bonanzas han dejado en el pueblo.

En Puerto Nariño se evidencian los impactos ocasionados por épocas de bonanzas económicas extractivas que han sido resultado de su condición amazónica y éstos deben ser tenidos en cuenta al momento de pensar su futuro y sus opciones. La articulación a la modernidad y al mercado con base en la extracción de materias primas y la participación de la población en las diferentes bonanzas económicas ha dejado una impronta negativa. No es, como se podría pensar a simple vista, un lugar aislado del comercio ni de las influencias externas, ni es el espacio prístino con indígenas desnudos y naturaleza intocada que un turista se pudiera imaginar, sino un espacio de contacto regional, nacional y transnacional. El territorio y los pobladores de Puerto Nariño han sido vinculados al mercado en las diferentes épocas extractivistas amazónicas que, como es sabido, conectaron esta región del planeta de manera más temprana y fluida con países europeos y de otras latitudes que con sus mismos territorios nacionales. Si bien este contacto ha causado fuertes estragos a nivel de los ecosistemas y la población, Puerto Nariño aún conserva una base que se puede potenciar con acciones decididas y de mediano y largo aliento, basadas en los elementos de las culturas tradicionales que tienen que ver con el conocimiento del medio.

Para emitir alguna recomendación en cuanto a su quehacer comercial, de desarrollo o de gestión, se hace obligatoriamente necesario retomar su historia económica reciente. En ella hay aspectos determinantes que sin duda tienen un fuerte peso en los retos que enfrenta su pobla-

ción para el futuro y que es necesario resaltar para tener puntos de partida reales en el diseño de estrategias y programas de desarrollo.

Un claro ejemplo del contacto con el mundo globalizado es la época del procesamiento y comercialización de coca –que tuvo su mayor incidencia en la región entre 1975 y 1985–, cuyo impacto negativo se manifiesta en la fuerte ruptura en la transmisión del conocimiento tradicional indígena y de la tradición oral de una generación a otra. Un impacto se dio sobre un importante grupo de población que hoy tiene entre 30 y 35 años, y que vivió la “bonanza coquera” trabajando en labores menores relacionadas con esta actividad y no asistió permanentemente a la rutina de la chagra, la caza, la pesca y otras, en las cuales se transmitía y aprendía la tradición oral. Es normal que las personas de este grupo de edad no tengan chagra ni se dediquen a labores tradicionales; más bien se involucran en el comercio o buscan articularse de alguna manera a los servicios estatales. Esta es quizá una explicación al interrogante de porqué hoy día “muchos de los jóvenes no quieren ir a hacer chagra” como se escucha decir comúnmente entre habitantes locales y visitantes. Esta realidad se hace evidente al momento de pensar en aspectos clave de su futuro como aquellos que tienen que ver con el manejo del medio natural, cuyo conocimiento descansa principalmente en la población mayor, que se encuentra relegada y tiene poca participación en la toma de decisiones.

Con estas razones se comprende porqué las recomendaciones de que “*la población debe retomar las labores tradicionales, recuperar la cultura, hacer chagra, dedicarse a la pesca o a la caza o a otras actividades tradicionales*” –que se suelen hacer sin conocer la historia– no se lleven a la práctica. Estas recomendaciones basadas en el argumento de que “la población es mayoritariamente indígena y es necesario mantener la cultura y los ecosistemas amazónicos”, requieren de algo más que buenas intenciones y discurso conservacionista. Amerita, por lo menos, hacer un análisis del impacto cultural de estas bonanzas extractivas y de esa forma de articulación al mercado, tener en cuenta la percepción que tienen estos grupos de población sobre el tema y dialogar abiertamente con su población, la mayor parte joven, que si bien busca oportunidades de “salir adelante” con las opciones locales, se encuentra en el vaivén de lo tradicional amazónico y la modernidad homogeneizante del mercado apoyada por los medios de comunicación.

Los jóvenes indígenas del área urbana conocen el discurso. Y no “comen cuento”. Ellos lo saben y así lo manifiestan: “*nosotros sabemos que somos depositarios de una cultura indígena, que debemos mantener la tradición, que debemos hacer chagra y rescatar las actividades tradicionales y el conocimiento*”

de los abuelos; pero queremos estar en la modernidad, ir a la universidad, tener nuestro grupo de música, acceder a Internet.” Ellos no tuvieron tampoco una iniciación permanente a las actividades tradicionales indígenas y por tanto no es fácil mantener la cultura con esta ruptura de transmisión de los conocimientos. Con esta situación se debe repensar el futuro de “Puerto”.

El área urbana se ha convertido paulatinamente en un pequeño pero importante centro de distribución de bienes y servicios, tanto para las comunidades a lo largo del Loretoyacu como para las asentadas sobre la porción del río Amazonas, sean colombianas o peruanas. Esta condición le ha permitido, de una parte, suplir algunas de sus necesidades básicas, en cuanto del Perú llegan importantes bienes de la canasta básica, y de otra parte, mejorar en aspectos clave como las comunicaciones, gracias a la instalación de Internet y telefonía celular que, manejados adecuadamente, son instrumentos para facilitar y agilizar las gestiones y los procesos organizativos locales.

Un riesgo que se asume con estas nuevas tecnologías comunicativas es el deseo de la población de acceder a ellas a cualquier costo, pero más preocupante es el valor que se les puede dar en desmedro de la comunicación personal. Es bien conocido el impacto que las nuevas tecnologías de comunicación causan en la transformación de valores en la población, pero especialmente en ciertos grupos, principalmente el de los jóvenes. Esto bien puede pasar y ya se notan los primeros indicios de que en Puerto Nariño parece estar dándosele un mayor valor a los elementos externos importados que a los valores culturales y ambientales locales.

Como se evidenció en talleres con los Grupos Juveniles locales, realizados en el 2003 por el ICBF y otras instituciones, sus visiones del futuro de “Puerto” son variadas y en ocasiones, diametralmente opuestas. Reflejan de un lado la influencia negativa de los medios de comunicación, pues en ellas la población desaparece y el medio natural es reemplazado por grandes edificios, pistas de aterrizaje en vez de río e inmensas fábricas (inclusive de bombas atómicas) entre algunos aspectos destacados. La otra posición, de un porcentaje menor de jóvenes, es de aquellos que se imaginan a Puerto Nariño como un municipio ambiental o ecológico, acomodado a las condiciones del medio natural, rescatando los valores culturales de su población. Igualmente hay posiciones intermedias que intentan lograr un equilibrio entre los dos extremos.

Pero la articulación al mundo moderno no es tan excluyente, o por lo menos no lo es explícitamente. Articularse al mercado y continuar en el mundo globalizado no descarta ni elude necesariamente los valores

naturales y culturales locales. Muchos grupos indígenas lo hacen y utilizan los medios que les ofrece la modernidad para organizarse y fortalecer su identidad. Puerto Nariño se encuentra en este momento histórico en el cual aún se pueden conservar y rescatar los conocimientos tradicionales de los Ticuna, Cocama, Yagua, etc., sin que esto niegue la articulación al mundo moderno, que sin duda alguna es difícil de revertir. Este es un punto de partida importante, que debe ser tenido en cuenta por la población y las instituciones locales, departamentales y nacionales en el momento de pensar, diseñar e implementar proyectos de desarrollo productivo, organizacional y empresarial en el Municipio.

Es importante que la población comprenda que el desarrollo de estos lugares, no implica solamente obras de infraestructura y dependencia de las impersonales reglas de mercado. En Puerto Nariño se ha demostrado que varias obras de infraestructura (casas del anciano y de profesores visitantes, matadero, plaza de mercado, muelle) han dejado un “desdesarrollo” –si se permite usar este término– para el Municipio en cuanto han despilfarrado importantes cantidades de recursos que bien se pudieron invertir en salud, educación, fortalecimiento de la cultural tradicional, formación ciudadana, entre otros. La tranquilidad, las posibilidades productivas con una base poblacional básicamente joven y las opciones de seguridad alimentaria permiten pensar que existen caminos de desarrollo alternos a la simple acumulación material. Quizá sea el momento para que la población oriente sus decisiones.

Si bien el impacto ambiental sobre la selva y cuerpos de agua es de diferentes magnitudes, hay hechos que deben alertar a la población para que se tomen medidas que mantengan los recursos que satisfacen sus necesidades. En los ríos y lagos se evidencia una fuerte presión extractiva manifiesta en menores tamaños de capturas, escasez y desaparición local de algunas especies. El hecho de que haya épocas del año en que “*no se consigue pescado*”, como lo manifiesta la población, es un indicador fuerte sobre el uso que se le ha dado al recurso acuático. Aunque han sido el uso de artes con alto impacto y la presión indebida los causantes de esta situación, también es grave el hecho de que el pescado fluya hacia Leticia y la gente local se quede sin su principal fuente de proteína animal. El impacto sobre la selva no es tan fuerte en su conjunto como para hablar de una deforestación generalizada, pero sí es sensible a la presión ejercida sobre algunas especies maderables – tala selectiva – y otras utilizadas para construcción y artesanías como el grupo de las palmas.

El ordenamiento forestal y de los cuerpos de agua, sobre los cuales se han hecho algunos ejercicios iniciales, debe ser retomado con

transparencia y decisión por las autoridades tradicionales, municipales y departamentales. En ellos deben tener participación la ciudadanía y los grupos de intereses formados alrededor de estos recursos, privilegiando en primera instancia el autoabastecimiento local. La actual situación de ordenación forestal en el norte del Municipio llama la atención sobre las dificultades de entendimiento entre autoridades departamentales y tradicionales, y refleja que el proceso es más complejo dado los intereses creados desde fuera. La ordenación pesquera es de una urgencia mayor dado que el estado del recurso acuático empieza a comprometer la necesidad protéica inmediata de la población. El control que comienza a ejercerse sobre el ingreso a los lagos de Tarapoto, que contempla un programa de canoeros guías, puede resultar en un interesante ejercicio de coordinación interinstitucional y mejoramiento en el manejo de este sistema acuático, si se entiende desde lo local que el buen manejo que se les dé no es una petición externa de las instituciones departamentales o para el turismo solamente sino una necesidad interna ante todo.

El ordenamiento territorial y ambiental tanto del área urbana como del Resguardo debe responder a un proceso concertado con las comunidades y las autoridades tradicionales que tenga en cuenta indicadores reales de crecimiento poblacional, potencialidades de uso del suelo y posibilidades reales de ofrecimiento de servicios públicos de buena calidad, entre otros. No se deben echar en saco roto las posibilidades que tiene el bosque en pie de convertirse en fuente de beneficios económicos para los pobladores locales y no pensar únicamente en la extracción de madera en bruto con dudosos beneficios de largo plazo.

Como dicen algunas personas en Puerto Nariño, se debe dar apoyo a las iniciativas de transformación local de las materias primas, de manera que los excedentes fortalezcan la economía y la población. A las iniciativas empresariales locales se les debe prestar atención y apoyar en su gestión porque constituyen realmente opciones de mejoramiento de la calidad de vida y una utilización adecuada del patrimonio natural.

Son muchos los estudios que se han realizado en la zona y que, si bien en ocasiones son desarrollados por actores externos, comprenden una amplia gama de temas que deben servir para la gestión y la educación local. Por ser el segundo municipio y ser de relativa fácil accesibilidad –lo cual también crea presión sobre los recursos, en sí motivo para muchos estudios– en Puerto Nariño se han realizado una buena cantidad de investigaciones biológicas, ecológicas, sociales, económicas, antropológicas, de ordenamiento territorial y forestal y del uso de plantas medicinales entre otras. Estos estudios contienen recomendaciones sobre acciones que

se pueden tomar en diferentes ámbitos, desde lo técnico hasta lo que tiene que ver directamente con la organización de la comunidad, pasando por propuestas educativas y de participación.

El constante cambio de funcionarios públicos tanto de la administración local como de instituciones de Leticia –quienes en muchas ocasiones dirigen los proyectos o acciones en Puerto Nariño– exige que se tomen medidas para no repetir esfuerzos, pues con cada nuevo funcionario, llega un nuevo diagnóstico. Se sugiere entonces que estos estudios sean retomados por la Alcaldía y el Resguardo para crear una base de información actualizada y acumulativa que sirva en la planeación y gestión municipal. Algunos de estos estudios se encuentran citados en la bibliografía de este texto y entre los más recientes vale la pena destacar la importante recolección de información para el EOT presentado en el año 2005 (Gutiérrez y Riaño, 2005). Muchos de estos reposan en la biblioteca de la fundación Omacha, otros en la Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia, en la biblioteca del Banco de la República en Leticia y algunos en las instituciones locales.

Es indudable que en estos municipios, donde aún la cultura se basa en un fuerte componente de tradición oral y arraigo cultural a los ecosistemas, es fundamental fortalecer la transmisión del conocimiento indígena en el funcionamiento de la naturaleza y su propio sistema social. Puerto Nariño en su conjunto presenta importantes potenciales para pensar su desarrollo, de un lado porque en el área urbana se concentran algunos de los esfuerzos institucionales departamentales y nacionales –y con ellos acceso a informaciones y contactos– y de otro, porque tanto en ésta como en las comunidades, se tiene una población mayoritariamente indígena que se asume conocedora del manejo del medio amazónico, punto en el cual, salvo algunas excepciones, los no indígenas tienen mucho por aprender.

En cierta medida deben fortalecerse los sistemas de uso de recursos de relativamente bajo impacto (actividades extractivas en pequeña escala y uso de recursos forestales de subsistencia) orientados a satisfacer las necesidades básicas tanto alimentarias como culturales de la población indígena y de grupos de colonos y ribereños. Este fortalecimiento debe garantizar ciertos niveles de autonomía, como mecanismo de control de aquellos aspectos más perjudiciales del proceso de avasallamiento de la sociedad de consumo y que generan mayor dependencia económica de estas sociedades dentro de un proceso de expansión de mercado.

En este contexto es posible pensar en ciertos procesos de “sustitución de importaciones” a nivel local, por ejemplo reduciendo el elevado

consumo de una serie de productos que en exceso son perjudiciales para la alimentación –y para la economía– de la población (como gaseosas y comida “chatarra”) y buscar substitutos naturales producidos o que pueden producirse en el mismo municipio. El “mecato” no puede reemplazar las frutas, estos dos deben poderse combinar en una forma que lo “moderno” importado y no alimenticio no reemplace lo natural, local y nutritivo. Propuestas como estas pueden antojarse absurdas en tanto van en aparente contravía con procesos de integración económica en un mundo cada vez más globalizado; sin embargo, desde otra óptica son posibles y deseables en tanto reivindican y permiten la supervivencia de lo local y lo diverso así como de múltiples estrategias adaptativas.

Lo anterior no niega las posibilidades de articulación económica regional, nacional o global a través del aprovechamiento sustentable de la oferta natural y cultural del área. Puerto Nariño es un sitio bastante atractivo dentro del panorama de pueblos de la región. Visitantes nacionales y extranjeros se admiran con su paisaje urbano y silvestre; esta es una gran ventaja que es y ha sido aprovechada y de la cual se pueden obtener mejores ingresos si la población local se organiza y se convierte en actor del turismo y no en receptor pasivo de sus impactos. Así también se hace posible la diversificación de la economía local y la consolidación de mercados locales y regionales, y se fomenta la capacidad empresarial.

El desarrollo del ecoturismo, si se hace desde una perspectiva social, cultural y ambiental adecuada, se perfila como una de las maneras de articularse al mundo sin deteriorar la base del sustento natural de la población. Las comunidades y los grupos de base en el área urbana tienen que ser protagonistas del turismo; su papel pasivo es un riesgo para la conservación de los valores tradicionales y el patrimonio natural. El fortalecimiento no sólo debe ser hacia adentro sino también en el tema de gestiones a nivel regional, pues como lo manifiestan algunos comerciantes y propietarios de hoteles, la entrada de una gran cadena hotelera en el Departamento, que ofrece paquetes completos al turista, empieza a perjudicar el turismo en Puerto Nariño pues los turistas “vienen con todo incluido y no compran nada, solamente miran y se van, a veces ni entran al pueblo, solamente pasan para ir a los lagos de Tarapoto y se regresan”.

Las modalidades convencionales de desarrollo implementadas en la Amazonia colombiana, al igual que en el resto de la región, han tenido la característica de pensarse, diseñarse e implementarse al margen de la población. Puerto Nariño siempre ha sido objeto y, cuando más, sujeto pasivo de políticas y proyectos pensados fuera de la región y al margen de

su sentir. Las entidades gubernamentales de todo orden y algunas privadas, a pesar de reconocer la existencia de normas sobre participación, control y acción ciudadana, siguen desconociendo la cultura, la percepción del territorio de la misma población, su estructura social y sus intereses. La ausencia de niveles mínimos de participación conciente e informada se expresa en la apatía de la población indígena y colona ante la continuidad de una presencia errática, coyuntural e incoherente del Estado. Corregir esta situación debe ser una de las tareas de las instituciones estatales que tienen presencia en la zona.

Igualmente, debe aprovecharse la existencia de mecanismos (inicialmente formales) para la participación y la organización social, política y productiva y para el control ciudadano sobre las administraciones locales y municipales. Todo esto, sin embargo, no será fácil de lograr si no se diseña desde el Estado colombiano una política de articulación flexible y no impositiva, como en el pasado, de la región amazónica y de sus entidades gubernamentales. Todas las normas sobre participación, autonomía y control ciudadanos no dejarán de ser una mentira mientras la clase política y los tomadores de decisiones a nivel nacional y los grupos de poder regional continúen pensando una Amazonia sin el conocimiento, el sentir y el desarrollo de las capacidades colectivas de las poblaciones locales. Pero esto no puede ser solamente un proceso desde fuera y desde arriba sino que debe reflejar dinámicas y liderazgos surgidos en la base de la sociedad urbana y rural de Puerto Nariño, capaces de interpelar al Estado y de imponer sus propias concepciones, así estas aún sean latentes, fragmentarias o débiles.

Sobre la base de reconocer estas capacidades y de crear mecanismos concertados de información y formación ciudadana, se podrá lograr una amplia participación de la población a través de sus líderes y directamente en el diseño y la implementación de los programas de gobierno municipal. Esto incluye un mejor conocimiento, profundización y generalización de los mecanismos y espacios de participación democrática y de control ciudadano sobre la ejecución de los recursos públicos y el manejo de los recursos naturales, además de la plena aplicación de la normatividad sobre derechos étnicos, sociales y políticos previstos en la Constitución Política de 1991 y un efectivo acceso a los procesos de toma de decisiones. Este último debe ser posible, entre otras cosas, mediante el mejoramiento de la capacidad de autoorganización e interlocución de la sociedad local para copar, por lo menos parcialmente, los espacios dejados por la precaria presencia estatal y la incompetencia de las entidades y los funcionarios públicos.

A la búsqueda de opciones locales sustentables en los terrenos social, económico y ambiental pueden aplicarse los procesos germinales de revitalización étnica, cultural y política de la población indígena. En los últimos años se han presentado intentos de algunos sectores sociales de Puerto Nariño de tener mayor incidencia en el proceso de toma de decisiones a nivel local. A pesar de los inconvenientes y de la negativa influencia de intereses particulares y de ciertos funcionarios estatales, los indígenas a través de sus autoridades locales (curacas y cabildos) han intentado tener ingerencia directa en los asuntos públicos y en el control directo sobre la explotación y beneficio externo de particulares de los recursos forestales del Municipio. Igualmente, se ha incrementado la participación ciudadana, por lo menos temporalmente, en procesos de ordenamiento territorial y en la elaboración de planes de vida. Estos procesos desafortunadamente han tenido muchos inconvenientes y llaman la atención sobre la necesidad de encontrar mecanismos para su continuación y fortalecimiento.

Las tendencias en el corto plazo serán a continuar en esta misma dinámica de incorporación al mercado consolidando su posición de pequeño centro de distribución de servicios y productos para esta parte del Trapecio Amazónico y la frontera con las comunidades peruanas. Estas tendencias estarán marcadas por el crecimiento poblacional vegetativo y migratorio de pobladores que se irán acomodando con dificultades al territorio urbano y tal vez retando a las administraciones municipales a encarar con seriedad la gestión ambiental urbana.

Por ser el segundo municipio del Amazonas y tener un relativo fácil acceso desde la capital, se seguirán formulando muchos proyectos que irán fortaleciendo la base de conocimientos de la sociedad, e irán tal vez formando en ella una conciencia ciudadana quizá ambiental, quizá amazónica. Visión que estará mediada obviamente por los imaginarios externos de la región y su influencia en los imaginarios locales, y por la necesidad de incorporarse en el lenguaje mundial de la importancia que tiene la Amazonia en el conjunto planetario. Se seguirá escuchando cada vez más frecuentemente –pero ojalá con mayor sensatez de sus implicaciones– la equivocada frase “bienvenido al pulmón del mundo”. Del que esta visión se asuma con propiedad dependerá también que los proyectos diseñados tengan cada vez más pertinencia, respondan a necesidades reales de la sociedad y tal vez sean finalmente apropiados por la gente y consigan algún grado de autosostenibilidad sin depender de la externa acción institucional.

Dada la posible configuración de su mapa hacia futuro con los megaproyectos que se plantean en la Panamazonia, ésta cada vez puede

integrarse más al mundo. Desde las esferas de poder internacional la Amazonia es vista como un conjunto y sus particularidades se diluyen al momento de pensarla y planearla. Sobre ella se están diseñando grandes iniciativas de integración por medio de ejes multimodales que conectarían todo el continente suramericano cruzando el gran ecosistema amazónico y conectando ríos, carreteras y vías férreas con el objetivo de intensificar el comercio y ampliar los mercados. Por ello y a pesar de la poca información local que se tiene en la actualidad sobre estos temas, es necesario que la población se prepare para tomar un papel activo en caso de que estos proyectos se empiecen a concretar. Un ejemplo de estos megaproyectos es el eje Tumaco-Belén de Pará, dentro de la Iniciativa de Integración Regional Suramericana (IIRSA), que tiene fines principalmente comerciales y que permitirá unir el océano Atlántico con el Pacífico, cruzando la Amazonia por el río Amazonas y el Putumayo. Se prevé que, de convertirse en realidad, impactará fuertemente las poblaciones, sus culturas y el ambiente, dada la magnitud de las obras que se deben realizar y el aumento de tráfico por los ríos.

Como ésta hay otras iniciativas de menor escala, de intereses nacionales y extranjeros, en las cuales no necesariamente se consulta a sus pobladores. Por ello es necesario que la población tome una conciencia política, participe en las discusiones en torno al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) o Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos, la Ley Forestal y la Ley del Agua que sin duda tendrán un impacto apreciable en la Amazonia y que sus pobladores tomen conciencia de Puerto Nariño en un contexto más global, articulado al mundo, y se asuman con mayor seriedad los procesos de fortalecimiento de la cultura y la sociedad local.

